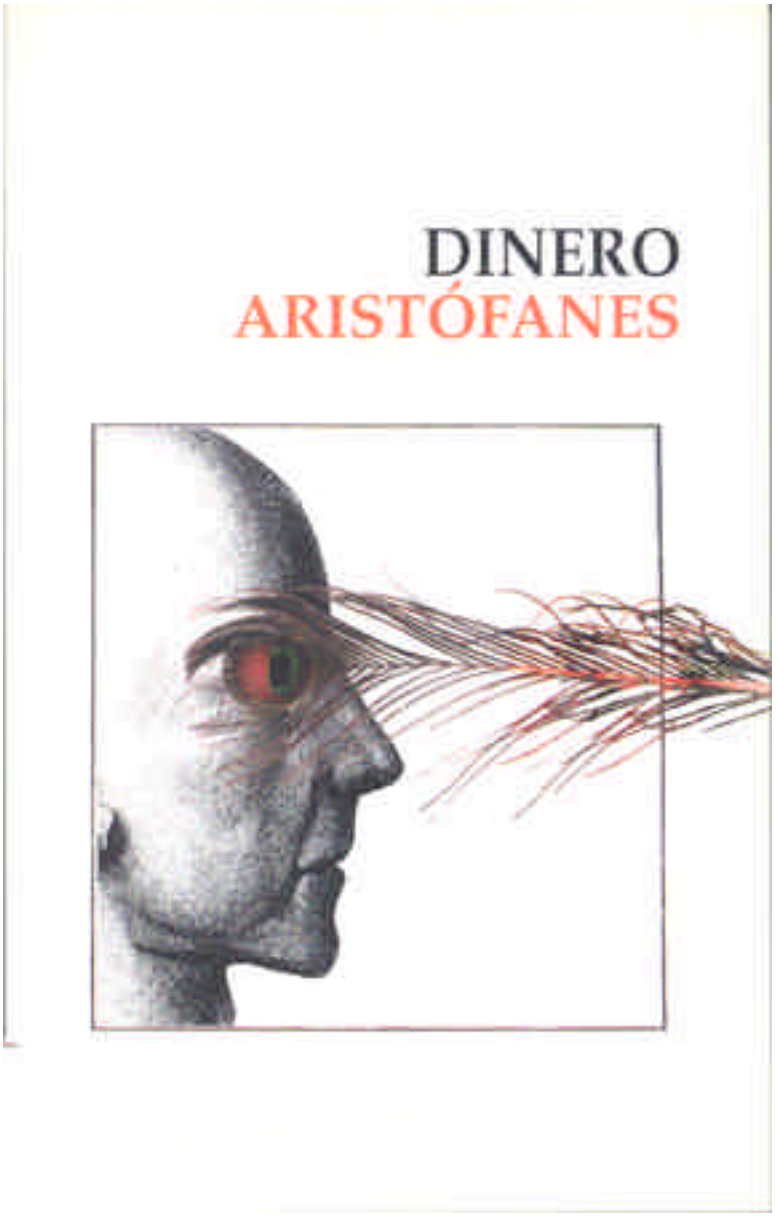
LIBRO dot.com

Aristófanes

Dinero



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Personajes

CARIÓN, un esclavo.
CRÉMILO, su amo, labrador.
DINERO, un dios.
CORO DE LABRADORES.
BLEPSIDEMO, amigo de Crémilo.
POBREZA, una diosa.
LA MUJER DE CRÉMILO.
UN HOMBRE HONRADO.
UN DELATOR.
UNA VIEJA.
UN MOZO, ex amante de la vieja.
HERMES, un dios.
EL SACERDOTE DE ZEUS.
PERSONAJES MUDOS: un esclavo del hombre honrado, un testigo del delator y otros ciudadanos y esclavos

Una plaza de Atenas. Al fondo, la casa de CRÉMILO. *Entra un hombre viejo, mal vestido y ciego. Tras él,* CRÉMILO, *un hombre mayor, y* CARIÓN, *su esclavo; ambos llevan coronas de laurel, señal de que vienen de consultar el oráculo de Delfos.*

CARIÓN. *(Al público.)* ¡Zeus y dioses, qué horrible es acabar siendo esclavo de un amo que está chalado! Pues si resulta que el criado sugiere cosas muy acertadas, pero afamo no le da la gana de hacerlas, por fuerza el criado recibe su parte en las desgracias de aquél. De tu propio cuerpo no te permiten los hados ser dueño: su dueño es el que te ha comprado. Así son las cosas.

Pero contra Loxias[1], «que vaticina desde un trípode labrado en oro»[2], tengo una queja cargada de razón: que siendo, según dicen, médico y adivino inteligente, me ha devuelto[3] a mi amo hecho un lunático.

1 Loxias es uno de los sobrenombres de Apolo relacionado con los oráculos; su significado, «oblicuo», tendría que ver con la ambigüedad de sus profecías. Entre sus atribuciones destacan las de médico y adivino, a las que se alude a continuación.
2. Probablemente un verso de tragedia.
3. Crémilo regresa de consultar el oráculo de Apolo.
4. Los que consultaban el oráculo de Delfos volvían de él con una corona de laurel; mientras la llevaban no podían ser agredidos, por estar bajo la tutela del dios.

Le da por seguir los pasos de un hombre ciego, haciendo lo contrario de lo que tendría que hacer. Pues los que vemos, guiamos a los ciegos, pero éste, sin embargo, va detrás, y me obliga a mí a ir detrás también, y eso sin darme ni la más mínima respuesta, ni un gruñido siquiera.

(A CRÉMILO.) Así que no habrá forma de que yo me calle, mientras no me digas por qué vamos detrás de éste, amo; te voy a dar la lata. ¡Como pegarme no puedes mientras lleve corona![4].

CRÉMILO. Por Zeus, como me incordies te quitaré la corona para pegarte, y así te dolerá más.

CARIÓN. ¡De boquilla! Yo no voy a parar hasta queme digas quién rayos es este tío. Te lo pregunto con la mejor intención del mundo.

CRÉMILO. No voy a ocultártelo, que de mis criados te tengo por el más fiel y el más... ladrón. A mí, aun siendo hombre piadoso y honrado, me iban mal las cosas y era pobre.

CARIÓN. Ya lo sé, ya.

CRÉMILO. En cambio, otros eran ricos: los robatemplos, los políticos, los delatores y los granujas.

CARIÓN. Es verdad.

CRÉMILO. Así que fui a consultar al oráculo al templo del dios, porque mi vida, desgraciado como soy, considero que ya para el caso ha jugado su baza, pero quería preguntar si mi hijo, que es el único que tengo, lo que tiene que hacer es cambiar de manera de ser y volverse canalla, delincuente, un sinvergüenza total, porque para la vida creo que eso es lo único provechoso.

CARIÓN. «¿Qué proclamó Febo desde su santuario repleto de guirnaldas?»[5].

CRÉMILO. Verás. El dios me dijo con mucha claridad esto: me ordenó que al primero que me encontrara al salir no lo perdiera de vista, y que lo convenciera de que me acompañase a casa.

CARIÓN. Y, ¿quién fue el primero que te encontraste?

CRÉMILO. Ése. *(Señala a* DINERO.)

CARIÓN. ¡Pasmado! ¿Es que note das cuenta de que la decisión del dios lo que indica claramente es que tu hijo siga el estilo de aquí?

CRÉMILO. ¿Qué te hace pensar así?

CARIÓN. Hasta para un ciego está clarísimo darse cuenta de esto: que en los tiempos que corren lo que conviene muchísimo es no ser honrado en nada.

CRÉMILO. No es posible que el oráculo apunte hacia ese lado; ha de tener miras más altas. Si éste de aquí *(Señala al ciego)* nos dijera quién es, por qué ha venido con nosotros hasta aquí y qué quiere, podríamos enterarnos de qué sentido tiene nuestro oráculo.

CARIÓN. *(Al ciego.)* Hala, tú, ¿vas a decirnos quién eres o tengo que hacer lo que se hace en estos casos? *(Lo amenaza con los puños.)* Contesta, rápido.

DINERO. Vete a hacer puñetas.

CARIÓN. *(A* CRÉMILO.) ¿Entiendes quién dice que es?

CRÉMILO. Te lo dice a ti, no a mí; es que le preguntas de una forma desagradable y grosera. *(A* DINERO.) Si te agradan los modales de un hombre de palabra, respóndeme a mí.

DINERO. Vete a freír espárragos.

5. Verso de tragedia.

CARIÓN. *(A* CRÉMILO.) Hazle caso al hombre éste y al oráculo del dios.

CRÉMILO. *(A* DINERO.) Por Deméter, no te burlarás más.

CARIÓN. Si no lo dices, te voy a hacer picadillo.

DINERO. Amigo, dejadme en paz los dos.
CRÉMILO. Nada, no hay manera.
CARIÓN. Lo que yo digo es lo mejor, amo. Voy a matar al tío este a lo bestia: lo pongo en un precipicio, lo dejo allí y me marcho, para que se caiga desde allí y se desnuque.
CRÉMILO. Pues cógelo, rápido.
DINERO. De eso nada.
CRÉMILO. Entonces, ¿es que no vas a hablar?
DINERO. Es que si os enteráis de quién soy, ya sé yo que me vais a hacer algún disparate. Y no me vais a dejar en paz.
CRÉMILO. Sí, ¡por los dioses!, te dejaremos en paz si quieres.
DINERO. Pues soltadme primero.
CRÉMILO. Mira, ya te soltamos. *(Le quitan las manos de encima.)*
DINERO. Escuchadme los dos; pues, según parece, es forzoso que os diga lo que estaba dispuesto a ocultar. Yo soy Dinero.
CARIÓN. ¡Hijo de perra! ¡Y siendo Dinero te lo tenías tan callado!
CRÉMILO. ¿Tú eres Dinero, con tan mala pinta? ¡Febo Apolo, dioses, divinidades, Zeus!, ¿qué es lo que dices? ¿De verdad que eres Dinero?
DINERO. Sí.
CRÉMILO. ¿Dinero en persona?
DINERO. En personísima.
CRÉMILO. Pues di, ¿de dónde sales tan sucio?
DINERO. Vengo de casa de Patrocles[6], que desde que nació no se ha lavado.

6. Poeta trágico sórdido y avaro.

CRÉMILO. La desgracia esa que tienes encima[7], ¿cómo te pasó? Cuéntamelo.
DINERO. Zeus fue el causante, por envidia a los seres humanos. Pues cuando yo era un chaval, lo amenacé con acercarme sólo a las buenas personas, a los sabios y a los honrados, y él me dejó ciego para que no pudiera reconocer a ninguno de ésos. ¡Tanta envidia les tiene a los hombres cabales!
CRÉMILO. Sin embargo, los que lo honran son justamente los cabales y los honrados.
DINERO. De acuerdo.
CRÉMILO. A ver cómo es esto: si volvieras a ver como antes, ¿te alejarías de los sinvergüenzas?
DINERO. Como te lo digo.
CRÉMILO. ¿Y a las buenas personas es a quienes te acercarías?
DINERO. Sin duda alguna, que hace mucho tiempo que no los he visto.
CARIÓN. *(Al público.)* No es de extrañar, tampoco yo, con lo bien que veo.
DINERO. Así que dejadme los dos, que ya sabéis lo que se refiere a mí.
CRÉMILO. No, ¡por Zeus!, ahora sí que vamos a estar pegados a ti.
DINERO. ¿No decía yo que vosotros dos me ibais a causar problemas?
CRÉMILO. Oye, tú, por favor, hazme caso y no me dejes, que no vas a encontrar por mucho que busques hombre de mejor madera que yo.
CARIÓN. *(Al público.)* No, por Zeus, otro no hay... a no ser yo.
DINERO. Eso es justo lo que dicen todos. Pero cuando de verdad me tienen y se hacen ricos, son los peores de todos.

7. La ceguera.

CRÉMILO. Así es, pero no todos son sinvergüenzas.
DINERO. Sí, ¡por Zeus!, todísimos.
CARIÓN. Ya te pesará esto.
CRÉMILO. Para que sepas cuántos beneficios recibirás si te quedas con nosotros, presta atención y entérate. Creo yo, creo yo -con un dios de nuestra parte habrá que decir-, que te libraremos de la enfermedad de los ojos y haremos que veas.
DINERO. No se te ocurra hacer eso, que no quiero volver a ver.
CRÉMILO. ¿Qué dices?
CARIÓN. *(Al público.)* El tío este es un imbécil.
DINERO. Bien seguro estoy: si Zeus se enterara de las chaladuras de éstos, me haría papilla.
CRÉMILO. ¿No es eso lo que hace ahora, dejándote ir de un lado para otro dando tumbos?
DINERO. No lo sé, pero yo le tengo mucho miedo.
CRÉMILO. ¿Ah sí, tú, el más cobarde de todos los dioses? ¿Tú crees que el poder de Zeus y sus rayos valdrían ni tres óbolos[8] si tú volvieras a ver, aunque fuera un ratito?
DINERO. ¡Huy!, no digas eso, ¡bastardo!
CRÉMILO. Estáte tranquilo, que yo te voy a demostrar que tú eres mucho más poderoso que Zeus.
DINERO. ¿Que tú vas a demostrar que yo soy más poderoso?
CRÉMILO. Sí, por el cielo. A ver *(A* CARIÓN): ¿por medio de qué gobierna Zeus a los dioses?
CARIÓN. Por la pasta, que tiene muchísima.
CRÉMILO. Vale, y ¿quién es el que se la proporciona?
CARIÓN. *(Señalando a* DINERO.) Éste.

8. El óbolo era la moneda más pequeña.

CRÉMILO. ¿Y a causa de quién le hacen sacrificios? ¿No es a causa de éste? *(Señala a* DINERO.)
CARIÓN. Sí, por Zeus, piden ser ricos, sin disimulo.
CRÉMILO. Así que ¿no es verdad que éste es la causa, y que, si quisiera, fácilmente acabaría con todo eso?
DINERO. Yeso, ¿porqué?
CRÉMILO. Porque ni un solo hombre sacrificaría ya un buey, ni un pastel[9], ni nada de nada, con tal de que tú no quisieras.
DINERO. ¿Cómo?
CRÉMILO. ¿Que cómo? Seguro que no habrá manera de comprar si tú no estás presente y das la pasta. Así que si Zeus te incordia puedes acabar con su poder tú solito.
DINERO. ¿Qué dices? ¿Que por mí le hacen los sacrificios a él?
CRÉMILO. Claro. ¡Por Zeus!, y todo lo que hay de espléndido, bueno o placentero para el hombre, le viene por ti: que todo está sometido a la riqueza.
CARIÓN. Yo, sin ir más lejos: por un poco de dinero me he convertido en esclavo, siendo

antes un hombre libre[10].

CRÉMILO. De las putas corintias[11] se cuenta que, cuando las busca un cliente pobre, no le hacen ni caso; en cambio, si es rico, al instante se ponen hasta de culo.

CARIÓN. De los muchachos se cuenta también que hacen eso mismo, no por cariño a sus amantes, sino por dinero.

CRÉMILO. Por lo menos los de buena familia no; sólo los de baja estofa, que los de buena familia no piden dinero.

CARIÓN. ¿Y qué piden?

9. De harina de cebada con aceite y miel.

10. No está clara la posibilidad de caer en la esclavitud por deudas. En Atenas fue abolida, a lo que sabemos, por Solón. Carión era un extranjero y probablemente en su país cayó en la esclavitud por deudas. Otras posibilidades menciona Holzinger.

11. Proverbialmente caras.

CRÉMILO. Uno, un buen caballo; otro, perros de caza.

CARIÓN. Seguramente, como les da vergüenza pedir dinero, disfrazan su vicio con un nombre biensonante.

CRÉMILO. Toda clase de oficios y de mañas han inventado los hombres gracias a ti. Así, uno hace zapatos en su asiento; otro forja metales; otro es carpintero; otro trabaja el oro que ha recibido de ti...

CARIÓN. Otro es ladrón de vestidos, ¡por Zeus!; otro es desvalijador de casas...

CRÉMILO.... otro es batanero...

CARIÓN.... otro lava pieles...

CRÉMILO ... otro es curtidor...

CARIÓN. ... otro vende cebollas...

CRÉMILO.... y al que pillan en flagrante adulterio con una casada, con ser depilado salva el pellejo gracias a ti[12].

DINERO. ¡Pobre de mí! Y yo sin enterarme todo este tiempo.

CARIÓN. Y el Gran Rey[13], ¿no se da tanta importancia gracias a él? Y la Asamblea, ¿no existe gracias a él?[14]

CRÉMILO. A ver: a las trirremes, ¿no eres tú el que les su ministra la tripulación? Dime.

CARIÓN. Y a los mercenarios que están en Corinto[15], ¿no es él quien los mantiene? Y Pánfilo, ¿no es por culpa de ése por lo que ro...mperá a llorar?[16]

12. El marido tenía derecho a matar al adúltero cogido en flagrante delito. Este drástico castigo podía ser sustituido por el de aplicarle ceniza ardiente, con la que se quemaba el vello del pubis *(paratilmós).* Se da a entender que se podía llegar a un acuerdo de dinero y evitar la muerte.

13. El rey persa, *cuyo* oro era bien conocido en Grecia.

14. Los que asistían cobraban un sueldo.

15. Permanecía en Corinto un batallón de mercenarios, reclutados contra los espartanos. Desde aquí en adelante, Holzinger cree percibir alusiones políticas en todos los personajes aludidos.

16. Pánfilo, general ateniense, es mencionado en un escolio como ladrón del Tesoro público. El espectador espera oír *kléptei,* «roba», y la palabra del texto es *klaúsetai «ro*

...mperá a llorar».

CREMILO. ¿Y el vendedor de agujas[17], también, junto a Pánfilo?
CARIÓN. Y Agirrio[18], ¿no es por éste por quien se tira pedos?
CRÉMILO. Y Filepsio, ¿no cuenta patrañas por culpa tuya?[19]. Y la alianza con los egipcios[20], ¿no se debe a ti? ¿No es por ti por lo que Lais ama a Filónides?[21].
CARIÓN. Y la torre de Timoteo... [22].
CRÉMILO.... ¡que te caiga encima! Y los asuntos públicos, ¿no se llevan a cabo todos por tu mediación? Tú eres el causante uniquísimo de todo, de lo malo y de lo bueno, sin duda alguna.
CARIÓN. Por ejemplo, en las guerras ganan siempre aquellos que tienen a éste de su parte.
DINERO. ¿Tantas cosas soy capaz de hacer yo solito?
CRÉMILO. Sí, por Zeus, y muchas más aún, tanto que nunca nadie está harto de ti. De todas las demás cosas se puede hartar uno: de amor...
CARIÓN. ...de pan...
CRÉMILO.... de música...
CARIÓN. ... de frutos secos...
CRÉMLO.... de honores...
CARIÓN. ... de tartas...
CRÉMLO.... de valentía...

17. No se sabe de quién se trata. El escoliasta alude a un tal Aristóxeno.
18. Agirrio era muy popular por haber aumentado el salario percibido por asistir a la Asamblea.
19. Filepsio fue encarcelado por sus deudas al Tesoro público; se alude a sus invenciones para eludir la culpa.
20. Parece referirse a la ayuda de los atenienses al rey de Libia en Egipto, contra los persas, en el 459.
21. Lais era una bella prostituta corintia. Filónides, un hombre de gran estatura, feo y rico.
22. Timoteo, general ateniense, hijo de Conón, del que heredó gran fortuna. Mandó construir una casa con una torre.

CARIÓN.... de higos secos...
CRÉMILO.... de ambición...
CARIÓN. ... de tortas de cebada...
CRÉMILO.... del mando...
CARIÓN.... de puré de lentejas...
CRÉMILO.... pero de ti, nadie nunca llegó a estar harto. El que recibe trece talentos[23], con mucha más gana quiere conseguir dieciséis. Y si los logra, quiere cuarenta, y dice que no le vale la pena vivir si no los llega a tener.
DINERO. Me parece que los dos os explicáis muy bien. Hay una sola cosa que me da miedo.
CRÉMILO. ¿De qué se trata?, di.
DINERO. Que, ¿cómo voy a hacerme dueño yo de ese poder que vosotros decís que tengo?
CRÉMILO. ¡Por Zeus! Si ya dicen todos que lo más cobarde es el dinero.

DINERO. De eso nada; algún desvalijador que me habrá calumniado: pues se habrá colado algún día en mi casa, y al no pillar nada que llevarse, porque encontró todo, todo, bien cerrado, se le ocurrió llamarle a mi precaución cobardía.

CRÉMILO. No te preocupes por nada, que si pones interés en nuestros asuntos, yo voy a hacer que tu vista sea más aguda que la de Linceo[24].

DINERO. Y, ¿cómo vas a poder hacer eso si eres un mortal?

CRÉMILO. Tengo buenas perspectivas por lo que me dijo «el propio Febo agitando el laurel Pítico»[25].

DINERO. ¿Así que también aquél está en el ajo?

23. Un talento era mucho dinero; equivalía a 36.000 óbolos y tres óbolos era en este tiempo el salario diario percibido por acudir a la Asamblea.

24. Nombre derivado de «lince». Es uno de los Argonautas.

25. Verso de tragedia. Se refiere al oráculo de Apolo en Delfos.

CRÉMILO. Así es.

DINERO. Ojo que...

CRÉMILO. No te preocupes por nada, tío. Que yo, entérate bien, voy a conseguirlo aunque me cueste la vida.

CARIÓN. Y si quieres, yo también.

CRÉMILO. Tendremos también otros muchos aliados: todos los que son buena gente y no tienen qué comer.

DINERO. ¡Huy, huy, malos, malos aliados nuestros, esos que has dicho!

CRÉMILO. No lo serán, desde el momento en que se hagan ricos. (A CARIÓN.) Tú, corriendo a toda prisa...

CARIÓN. Y ¿qué hago?, di.

CRÉMILO.... llama a los compañeros labradores -es fácil que te los encuentres en los campos, reventados de trabajo- para que cada uno venga aquí y tenga la misma parte que nosotros de este Dinero aquí presente.

CARIÓN. Ya voy. Este pedazo de carne *(Señalándolo)*[26], que alguno de los de dentro lo coja y lo meta en casa.

CRÉMILO. Yo me ocuparé de eso. *(Coge la carne.)* Tú, venga, corre. (CARIÓN *se va.)* Tú, Dinero, el más poderoso de todos los dioses, ven aquí dentro conmigo: ésta *(Señala la casa)* es la casa que en el día de hoy tú tienes que llenar de riquezas, con justicia o sin ella.

DINERO. ¡Por los dioses!, siempre que entro en casa ajena lo paso fatal, pues nunca saco nada en limpio. Si me toca entrar en casa de un avaro, en seguida me entierra en el suelo bien abajo. Y si algún buen hombre amigo suyo llega a pedirle que le dé un poquito de pasta, niega que me haya visto nunca. Y si me toca entrar en casa de algún chalado, me veo arrojado a las putas y a los dados, y en un tiempo increíble me echan a la calle en cueros.

26. Parte del sacrificio ofrecido en Delfos.

CRÉMILO. Es que nunca te has topado con un hombre comedido. Yo tengo siempre el mismo carácter más o menos. Me gusta ahorrar como a nadie, y también me gusta gastar cuando viene bien. Hala, vamos a entrar, que quiero que conozcas a mi mujer y a mi

único hijo, al que quiero más que a nadie... después de ti.
DINERO. Lo creo.
CRÉMILO. ¿Cómo no va uno a decirte la verdad a ti?

(DINERO y CRÉMILO *entran en la casa. Hace su aparición* CARIÓN *seguido del coro de labradores.)*

CARIÓN. Vosotros, que tantas veces habéis comido el mismo tomillo que mi amo, amigos, vecinos, amantes del trabajo: venga, de prisa, espabilaos, que no hay tiempo que perder. Ya llegó el momento en el que hay que estar aquí y echar una mano.
CORIFEO. ¿Es que no ves que ya hace rato nos estamos dando toda la prisa que podemos, dentro de lo que cabe en unos hombres ya débiles y viejos? Pero a ti, por lo visto, te parece bien que yo corra antes de decirme por qué motivo me ha hecho venir aquí tu amo.
CARIÓN. ¿No te lo vengo diciendo todo el rato? Es que no me haces caso. El amo dice que todos vosotros vais a llevar muy buena vida y os vais a ver libres de una existencia triste y desagradable.
CORIFEO. ¿De qué se trata y de dónde ha sacado eso que dice?
CARIÓN. Ha llegado aquí, ¡pedazo de imbéciles!, con un viejo sucio, jorobado, hecho un asco, lleno de arrugas, calvo, desdentado; y creo yo, ¡por el cielo!, que incluso descapullado.
CORIFEO. Tú, pico de oro, ¿cómo dices? Explícamelo otra vez. ¿Quieres decir que ése ha venido con un montón de riquezas?
CARIÓN. Que yo sepa, con un montón de calamidades seniles.
CORIFEO. ¿No esperas que nos vas a engañar y te vas a librar de pagarlo teniendo yo un bastón, verdad?
CARIÓN. ¿Es que creéis que yo soy un don nadie para todo y pensáis que no puedo decir nada al derecho?
CORIFEO. ¡Qué serio el mierda este! ¡Si tus canillas están pidiendo a gritos los cepos y los grilletes!
CARIÓN. Ahora mismo te ha tocado en suerte hacer de juez en el ataúd: ¡anda, muévete! Caronte te está dando tu credencial[27].
CORIFEO. ¡Ojalá revientes! Eres un cara y no tienes pizca de vergüenza: nos tomas el pelo y aún no has tenido agallas para explicarnos nada, ¡a nosotros!, que después de tanto trabajar y sin tiempo para nada, hemos venido aquí a toda mecha; ¡con tantas plantas de tomillo que hemos cruzado y sin tocarlas![28].
CARIÓN. Ya no puedo ocultarlo más. Tíos, el amo ha venido trayendo a Dinero, que os va a hacer ricos.
CORIFEO. ¿De verdad es posible que todos nosotros seamos ricos?
CARIÓN. Sí, por los dioses, unos Midas... si os ponéis orejas de burro[29].

27. Se refiere al sistema por el que se sorteaba diariamente la composición de los diversos tribunales entre los heliastas o jueces. Cuando los jueces a los que había correspondido entraban en el Tribunal, se daba a cada uno de ellos una credencial *(symbolon)* de identificación. Dentro del paralelismo del ataúd-tribunal aparece Caronte, que es el barquero que conduce las almas de los muertos.
28. Sin pararse a cogerlas.

29. Midas era un legendario rey frigio que convertía en oro todo lo que tocaba. Según otra leyenda, Apolo, por no haberle dado Midas el premio en un certamen musical, lo castigó haciendo que le crecieran orejas de burro.

CORIFEO. ¡Qué contento y qué alegre estoy! Quiero bailar de alegría, si es verdad eso que dices.
CARIÓN. (Baila al tiempo que canta; el coro danza también.)
Yo quiero[30] *-tralarilo- al Cíclope imitar, y con los pies*
así brincar de un lado a otro, y conduciros.
Ea, cachorros, en alta voz una y otra vez,
balad melodías de ovejas,
y de cabras de olor bravío,
y seguidme descapullados. Como machos cabríos desayunaréis.

CORO.
Y nosotros -tralarilo- al Cíclope vamos a intentar,
balando, a ti, al Cíclope hambriento, pillar,
que lleva una alforja con verduras del campo húmedas de rocío,
y borracho conduce su rebaño,
y cuando a la pata la llana dormido esté,
coger una gran viga ardiendo y dejarlo ciego.

CARIÓN.
Y yo a Circe[31]*, mezcladora de pócimas,*
la que a los compañeros de... Filónides una vez en Corinto,
los convenció, como si fueran jabalíes,

30. En esta secuencia Carión imita al Cíclope, que suele estar acompañado de un cortejo de divinidades semianimales. Así, en la pieza de Eurípides *El Cíclope,* junto a este personaje aparecen Sileno y un coro de Sátiros, dioses de la naturaleza caracterizados por su figura semianimal y su voraz apetito sexual.
En la secuencia siguiente, el coro representa a Ulises y sus compañeros que intentan cegar al Cíclope.
31. Carión imita ahora a Circe, enlazando su historia con la precedente por el episodio de Ulises. Éste es sustituido cómicamente por Filónides, el personaje citado en el v 179; Circe representa a la guapa Lais (véase nota 21).

de ,que comieran mierda amasada -y ella misma se la amasaba-,
a ésta imitaré con todas mis mañas.
Y vosotros, gruñendo de placer,
seguid a vuestra madre, cerditos.

CORO.
Entonces a ti, Circe, mezcladora de pócimas,
la que hace encantamientos y enmierda a los compañeros,
te cogeremos por placer,

e imitando al hijo de Laertes te vamos a colgar de los cojones,
y a embadurnarte ese hocico tuyo como si fuera el de un macho cabrío[32].
Y tú, como Aristilo[33]*, abriendo mucho la boca, dirás:*
«seguid a vuestra madre, cerditos».

CARIÓN.
¡Hala, dejaos ya de bromas
y dedicaos a otra cosa,
que yo, a escondidas de mi amo,
voy a ir a coger un poco de pan
y de carne, y después de comérmelos,
quiero a la tarea volver ya.

(Entra en la casa.)

DANZA DEL CORO

(CRÉMILO *sale de su casa.)*

32. Parece que se untaba el hocico de los machos cabríos para disminuir en ellos la percepción del olor de las hembras.
33. Personaje desconocido.

CRÉMILO. Vecinos, deciros «buenos días» es ya cosa antigua y pasada de moda. Os digo «bienvenidos», por haber llegado con tales bríos, con ánimo y sin pereza. A ver si me ayudáis también en todo lo demás y sois verdaderamente salvadores del dios.
CORIFEO. Tú tranquilo. Creerás ver en mí sin más a Ares[34]. Pues sería el colmo que por tres óbolos nos diéramos de tortas todos los días en la Asamblea[35], y a Dinero en persona fuera yo a dejar que otro me lo pillara.
CRÉMILO. Ahí veo que llega Blepsidemo. Tiene que haber oído hablar del asunto por la prisa y el paso que trae.

(Llega BLEPSIDEMO, *amigo de* CRÉMILO.)

BLEPSIDEMO. ¿Qué pasa aquí? ¿De dónde y cómo le ha venido a Crémilo hacerse rico de repente? No me lo creo. ¡Por Heracles!, *y* la verdad es que cuentan *y* no acaban los clientes en las barberías que de repente este hombre se ha hecho rico. Y esto mismo me asombra, que teniendo esa suerte mande llamar a los amigos. Desde luego este asunto no tiene el estilo de nuestra tierra.
CRÉMILO. Por los dioses, te lo voy a decir sin callarme nada. Blepsidemo, las cosas nos van mejor que ayer, tanto que puedes tener tu parte, pues eres amigo mío.
BLEPSIDEMO. ¿Es verdad que te has hecho rico, como dicen?
CRÉMILO. Me voy a hacer en seguida, si un dios lo quiere. Pero la cosa es que, la cosa es que... hay un peligro en este asunto.
BLEPSIDEMO. ¿Cuál?

Librodot

34. Dios de la guerra.
35. Cf. notas 14, 18 y 23.

CREMILO. Pues que...
BLEPSIDEMO. Acaba de decir lo que sea.
CRÉMILO.... si nos sale bien es la solución para toda la vida, pero si fracasamos se va todo al cuerno.
BLEPSIDEMO. Este fardo me parece sospechoso; no me agrada. Esto de volverse tan rico de repente, y al mismo tiempo andar con miedo, es propio de un hombre que ha hecho algo turbio.
CRÉMILO. ¿Cómo que turbio?
BLEPSIDEMO. Por ejemplo, si vienes de allí, después de robarle al dios[36], ¡por Zeus!, plata u oro, y luego vas y te arrepientes.
CRÉMILO. ¡Apolo alejador de males!, eso yo no, ¡por Zeus!
BLEPSIDEMO. Déjate de tonterías, hombre. Ya sé que no.
CRÉMILO. No sospeches de mí nada parecido.
BLEPSIDEMO. ¡Huy!, limpio, lo que se dice limpio, no hay nada en ningún hombre: la ambición les puede a todos.
CRÉMILO. ¡Por Deméterl, me parece que tú no estás en tus cabales.
BLEPSIDEMO. *(Para sí.)* ¡Qué cambiado está de como era antes!
CRÉMILO. ¿Estás chalado, hombre?, ¡por el cielo!
BLEPSIDEMO. *(Para sí.)* Ni siquiera tiene la mirada normal; al verla se nota que éste ha cometido alguna fechoría.
CRÉMILO. Ya sé yo lo que andas gruñendo: crees que he robado algo y quieres parte.
BLEPSIDEMO. ¿Que quiero parte? ¿De qué?
CRÉMILO. No es nada de eso; se trata de otra cosa.
BLEPSIDEMO. ¿No será que en vez de robar has hecho un atraco, verdad?

36. Apolo, en Delfos.

CRÉMILO. Tú ves visiones.
BLEPSIDEMO. ¿Es que ni siquiera has quitado nada a nadie?
CRÉMILO. No, seguro.
BLEPSIDEMO. ¡Heracles!, vaya, ¿qué se puede hacer? Pues la verdad, no hay forma de que la diga.
CRÉMILO. Es que me acusas antes de saber de qué se trata.
BLEPSIDEMO. Tío, yo esto voy a arreglártelo por un poco de pasta, antes de que se entere la ciudad, tapando la boca de los oradores con monedas[37].
CRÉMILO. ¡Por los dioses!, me parece a mí que tú, como buen amigo, vas a gastarte tres minas y pasarme una cuenta de doce.
BLEPSIDEMO. Ya estoy viendo yo a uno sentado en la tribuna, con sus hijos y su mujer, llevando un ramo de suplicante, que no se va a diferenciar ni un pelo de los Heráclidas de Pánfilo[38].
CRÉMILO. No, imbécil, es que solamente voy a hacer rica a la gente honrada y a nadie más.
BLEPSIDEMO. ¿Qué estás diciendo? ¿Tanto has robado?

CRÉMILO. ¡Ay, rayos!, vas a acabar conmigo.
BLEPSIDEMO. Más bien eres tú el que acabará contigo, me parece a mí.
CRÉMILO. Nada de eso, estúpido, que tengo a Dinero.
BLEPSIDEMO. ¿Tú a Dinero? ¿A cuál?
CRÉMILO. Al dios en persona.

37. Alusión a la posible corrupción de los oradores. Sucede además que los atenienses llevaban a veces las monedas de poco valor en la boca.
38. Para inspirar compasión, los acusados llevaban a su mujer y a sus hijos a llorar ante los jueces. Se compara esta situación con la del suplicante que se acoge a un altar. Pánfilo pintó a los descendientes de Heracles pidiendo acogida a los atenienses, como sucede en la tragedia *Los Heráclidas,* de Eurípides.

BLEPSIDEMO. ¿Y dónde está?
CRÉMILO. Dentro.
BLEPSIDEMO. ¿Dónde?
CRÉMILO. En mi casa.
BLEPSIDEMO. ¿En tu casa?
CRÉMILO. Tal cual.
BLEPSIDEMO. ¡Vete al cuerno! ¿Dinero en tu casa?
CRÉMILO. Sí, por los dioses.
BLEPSIDEMO. ¿Me estás diciendo la verdad?
CRÉMILO. Palabra.
BLEPSIDEMO. ¿Por Hestia?[39]
CRÉMILO. Sí, por Posidón.
BLEPSIDEMO. ¿El marítimo, dices?
CRÉMILO. Y si hay algún otro Posidón, por ese también.
BLEPSIDEMO. Y entonces, ¿no lo vas a mandar también a nuestras casas, las de tus amigos?
CRÉMILO. El asunto no está aún en ese punto.
BLEPSIDEMO. ¿Qué dices? ¿No se puede repartir?
CRÉMILO. No, por Zeus. Primero es preciso que...
BLEPSIDEMO. ¿QUé?
CRÉMILO.... que hagamos nosotros dos que vea...
BLEPSIDEMO. ¿Que vea, quién? Explica.
CRÉMILO.... Dinero, como antes, de la manera que sea.
BLEPSIDEMO. ¿Es que está de verdad ciego?
CRÉMILO. Sí, por el cielo.
BLEPSIDEMO. No es raro entonces que nunca jamás haya ido a mi casa.
CRÉMILO. Pues si los dioses lo aprueban, ahora es cuando irá.
BLEPSIDEMO. ¿No habría que traerle un médico?

39. Diosa del hogar. Se menciona a continuación a Posidón, dios del mar.

CRÉMILO. ¿Y qué médico hay ahora en la ciudad? Pues al no haber salario no hay ciencia[40]

BLEPSIDEMO. *(Mirando a los espectadores.)* Escudriñemos.
CRÉMILO. Ni uno.
BLEPSIDEMO. Ni uno, es verdad.
CRÉMILO. ¡Por Zeus!, lo mejor es lo que yo tenía pensado hace rato, lograr que se acueste en el templo de Asclepio[41]
BLEPSIDEMO. Sí, desde luego, por los dioses. Pues no pierdas tiempo, hazlo de una vez.
CRÉMILO. Ya voy.
BLEPSIDEMO. Date prisa.
CRÉMILO. Eso estoy haciendo.

(Se dirigen hacia la casa de CRÉMILO y, *en ese momento, aparece en escena* POBREZA, *una vieja mal vestida.)*

POBREZA. ¡Oh, par de homúnculos desgraciados, que tenéis el descaro de cometer esta acción descabellada, impía e ilícita. *(Los dos amigos tratan de salir corriendo.)* ¿Adónde vais, adónde? ¿Por qué huís? ¡Quietos!
BLEPSIDEMO. ¡Heracles!
POBREZA. Os voy a destrozar terriblemente a vosotros, seres terribles. La osadía que habéis tramado no se puede soportar, y es tal como nunca nadie osó tramarla, dios ni hombre. Así que estáis perdidos.

40. Una parte de los médicos eran funcionarios públicos; es posible que se refiera a la pobreza de Atenas, que en ese momento no puede pagar sus servicios. Puede aludir también a la escasez de recursos privados de la población.
41. Como más adelante se explica en la comedia, los enfermos acudían al templo de Asclepio en Epidauro; es el dios de la medicina, hijo de Apolo.

CRÉMILO. Y tú, ¿quién eres? Muy pálida me pareces.
BLEPSIDEMO. Quizá es la Erinis[42] de una tragedia: tiene la mirada de loca y un poco trágica.
CRÉMILO. No, que no lleva antorchas.
BLEPSIDEMO. Entonces va a empezar a llorar[43].
POBREZA. ¿Quién creéis que soy yo?
CRÉMILO. Una hospedera o una verdulera. Pues si no, no nos darías tales voces sin haberte hecho nada.
POBREZA. ¿Ah, sí? ¿Es que no habéis hecho lo peor con tratar de expulsarme de toda esta tierra?
CRÉMILO. ¿No te queda aún el barranco de los condenados?[44]. Ahora mismo tienes que decir quién eres tú.
POBREZA. La que os hará en el día de hoy pagar bien caro por intentar que yo me esfume de aquí.
BLEPSIDEMO. ¿No será la tabernera de la esquina, que siempre me echa de menos al despacharme la jarra?[45].
POBREZA. Soy Pobreza, que llevo viviendo con vosotros dos muchos años.
BLEPSIDEMO. ¡Señor Apolo, dioses!, ¿por dónde me las piro? *(Intenta huir.)*
CRÉMILO. ¿Qué haces? Tú, animal cobarde, ¿es que no te vas a quedar aquí?

BLEPSIDEMO. Ni hablar.
CRÉMILO. ¿Que no te vas a quedar? ¿Es que dos hombres vamos a huir de una mujer?

42. Las Erinis o Furias eran las divinidades que perseguían a los que cometían delitos de sangre. Portaban antorchas y de ese modo eran conocidas como personajes de tragedia.
43. Por los golpes que le van a dar.
44. Barranco al que se arrojaba en Atenas a ciertos condenados a muerte, así como los cadáveres de los ajusticiados por otros procedimientos *(bárathron).*
45. En el texto *kotyle,* medida aproximada al cuarto litro (0,271.).

BLEPSIDEMO. Es Pobreza, ¡desgraciado!: en ningún sitio ha nacido ningún ser más dañino que ella.
CRÉMILO. Quieto, por favor, quieto.
BLEPSIDEMO. No, ¡por Zeus!, yo no.
CRÉMILO. Mira lo que digo: cometeremos con mucho la acción más horrible de todas las acciones, si los dos dejamos solo al dios y nos escapamos a alguna parte por miedo a ésta, en vez de presentarle batalla.
BLEPSIDEMO. ¿Confiando en qué armas o en qué fuerza? Pues, ¿qué coraza o qué escudo no ha empeñado la muy hija de perra?
CRÉMILO. Tranquilízate, que el dios este, él solito, seguro estoy de que podrá alzarse victorioso[46] frente a las mañas de esta mujer.
POBREZA. ¿Todavía os atrevéis vosotros dos a gruñir, ¡escorias!, cuando os he pillado con las manos en la masa cometiendo el delito?
CRÉMILO. ¡Así revientes! ¿Por qué vienes a ponernos verdes sin que te hayamos hecho nada malo?
POBREZA. ¡Por los dioses! ¿Os parece que no hacéis nada contra mí cuando estáis intentando que Dinero recobre la vista?
CRÉMILO. ¿Y qué tiene de malo para ti que proporcionemos un beneficio a todos los hombres?
POBREZA. ¿Y qué beneficio es ese que pensáis conseguir?
CRÉMILO. ¿Que cuál? Primero de todo, expulsarte de Grecia.
POBREZA. ¿Expulsarme a mí? ¿Y qué mayor perjuicio creéis que podríais hacer a los hombres?
CRÉMILO. ¿Cuál? Pues éste: si estamos a punto de expulsarte, y luego no lo realizamos.
POBREZA. Pues bien, en esta cuestión quiero yo deciros antes de nada mi razonamiento. Y si demuestro que yo soy la única causante de todo lo bueno que tenéis, y que gracias a mí podéis vivir -si no lo consigo, haréis ya lo que os parezca bien.

46. Literalmente, «levantar un trofeo».

CRÉMILO. ¿Cómo te atreves a decir eso, asquerosa?
POBREZA. Atiende, que yo creo que fácilmente te voy a demostrar que estás muy equivocado al tratar de hacer rica a la gente honrada.
CRÉMILO. Cepos y torturas, ¿no vendréis en mi ayuda?
POBREZA. No hagas el imbécil ni des voces antes de estar enterado.
CRÉMILO. ¿Y quién puede no dar voces al oír tales burradas?

Librodot

POBREZA. El que es hombre sensato.
CRÉMILO. ¿Y qué castigo podré pedir en tu proceso si pierdes?
POBREZA. El que quieras.
CRÉMILO. Eso está bien dicho.
POBREZA. Ojo: si sois vosotros los que perdéis, sufriréis ese mismo castigo.
CRÉMILO. ¿Te parece bastante veinte muertes?
BLEPSIDEMO. Para ella sí; para nosotros bastará sólo con dos.
POBREZA. Al momento las vais a obtener, pues ¿qué respuesta razonable va a poder darse a lo que yo diga?
CORIFEO. Ya va siendo hora de que se os ocurra algo astuto para rebatir a ésta con vuestras palabras; pero ceder, no cedáis ni un ápice.
CRÉMILO. Me parece a mí que es bien claro, para todos sin distinción, saber esto: que es justo que la gente honrada tenga suerte, y que los malhechores e impíos tengan todo lo contrario. Así que nosotros, con el deseo de que sea así, hemos encontrado con gran esfuerzo un buen plan, honrado y ventajoso en todos los aspectos. El caso es que si Dinero ahora mismo recobra la vista y no va dando tumbos por ser ciego, irá a casa de la gente honrada y no se marchará de allí, pero evitará a los malhechores y a los ineptos. Y así hará que todos sean buenos -y ricos, claro-, y que honren las cosas divinas. ¿Quién podría nunca conseguir para los hombres nada mejor que eso?
BLEPSIDEMO. Nadie: de eso doy fe. Pero a ésta no le preguntes.
CRÉMILO. Pues tal como está la vida para nosotros actualmente, ¿quién dejaría de pensar que es una locura o, más aún, una desgracia total? Pues muchos son ricos siendo malhechores que han hecho fortuna injustamente, mientras que muchos otros, siendo muy buena gente, lo pasan fatal, tienen hambre y están la mayor parte del tiempo *(A* POBREZA) contigo. Y afirmo que, si Dinero recobrara la vista y acabara con ésta, no habría ningún otro camino por el que uno pudiera proporcionar a los hombres bienes más grandes.
POBREZA. ¡Par de viejos, que os volvéis chalados con más facilidad que nadie, tal para cual en decir tonterías y en desbarrar! Si se realizara lo que tanto deseáis, yo afirmo que no encontraríais en ello ninguna ventaja. Si Dinero recobrara la vista y se repartiera a todos por igual, ya nadie se ocuparía de artes ni oficios. En cuanto vosotros hayáis hecho desaparecer ambas cosas, ¿quién va a querer ser herrero, carpintero de ribera, sastre, carrero, zapatero, tejero, batanero o curtidor?, «¿quién querrá romper el suelo de la tierra con el arado para cosechar el fruto de Deméter»[47], si podéis vivir ociosos sin ocuparos de todas esas cosas?
CRÉMILO. Dices tonterías, que todos esos trabajos que has enumerado ahora mismo nos los harán los esclavos.

47. En el texto «Deo», un nombre poco conocido de Deméter. Es una cita poética.

POBREZA. ¿Y cómo te las arreglarás para tener esclavos?
CRÉMILO. Los compraremos con dinero.
POBREZA. Y, en primer lugar, ¿quién va a ser el que los venda, si también él tendrá dinero?
CRÉMILO. Algún comerciante con gana de enriquecerse, venido de Tesalia, lugar de traficantes de esclavos ansiosos de pasta.

POBREZA. Pero es que, según el razonamiento que estás diciendo, sin duda no habrá, para empezar y antes de nada, ningún traficante de esclavos. Pues ¿quién va a querer, si es rico ya, arriesgar su pellejo por hacer eso?[48]. Así que tú mismo, obligado a arar, a cavar y a hacer los demás trabajos duros, llevarás una vida mucho más penosa que ahora.

CRÉMILO. ¡Todo eso que te pase a ti!

POBREZA. Además, no podrás dormir en una cama, pues no habrá; ni alfombras, pues ¿quién va a tejer si hay oro? Tampoco habrá perfumes para derramar gota a gota sobre la novia cuando hagáis el cortejo, ni ropas costosas, teñidas de hermosos colores, para adornarla. Y así, ¿qué tiene de bueno ser rico si no se cuenta con todas esas cosas? Sin embargo, junto a mí es fácil de obtener todo eso que necesitáis, pues yo, sentada al lado de cada artesano como su dueña, le obligo, por la necesidad y la pobreza, a buscarse el pan...

CRÉMILO. ¿Qué provecho puedes tú proporcionar que no sean quemaduras en el baño público[49], niños hambrientos y una retahíla de viejos vociferantes? Y la cantidad de piojos, mosquitos y pulgas, para qué decírtela de tantos que son; todos esos te atormentan zumbando alrededor de la cabeza y te despiertan para decirte: «más te vale levantarte, que si no vas a pasar hambre». Encima de todo esto, tener harapos en vez de capa; por cama, un jergón de juncos, lleno de chinches, que despiertan al que quiere dormir; como alfombra tener una estera hecha polvo; como almohada, una piedra de buen tamaño junto a la cabeza. Comer, en vez de pan blanco, tallos de malvas; en vez de torta de cebada, hojas de rábanos escuálidos. Tener por banco la parte de arriba de un cántaro roto; por artesa, el costado de un tonel, roto también. En fin, ¿he dejado claro que tú eres para todos los hombres la causa de un montón de cosas buenas?

48. La trata de esclavos entrañaba riesgo.

49. Para los pobres, los baños públicos eran un consuelo en la época invernal, como en nuestra sociedad puede serlo el Metro.

POBREZA. No es mi vida la que has contado; has dicho, clavada, la de los indigentes.

CRÉMILO. ¿Y no decimos nosotros que la pobreza es hermana de la indigencia?

POBREZA. Sí, vosotros, los mismos que decís que Dioniso es comparable a Trasibulo[50]. Pero a mi vida no le pasan esas cosas, ¡por Zeus!, ni le pasarán. Pues la vida del indigente, que tú estás contando, consiste en vivir sin tener nada, pero la del pobre consiste en vivir haciendo economías y trabajando de firme, sin tener nada de sobra, pero sin carecer tampoco de nada.

CRÉMILO. ¡Por Deméter, qué delicia de vida esa que nos has contado!, hacer economías y trabajar como un burro, para no poder dejar ni para que te entierren.

POBREZA. Tú quieres tomártelo a broma y estar de guasa sin preocuparte de tomarlo en serio, sin darte cuenta de que yo hago a los hombres mejores que Dinero, tanto en su espíritu como en su cuerpo: con él son gotosos, echan tripa, tienen piernas hinchadas y una obesidad descarada; a mi lado están delgados, con talle de avispa, y son terribles para sus enemigos.

50. Dionisio era el tirano de Siracusa; Trasibulo consiguió abatir la oligarquía en Atenas. Dos personajes opuestos.

CRÉMILO. Es que seguro que a fuerza de hambre les consigues ese talle de avispa.

POBREZA. Ahora voy a ocuparme de la virtud y os voy a hacer ver que la honradez vive conmigo, mientras que el descaro es cosa de Dinero.

CRÉMILO. Sí, ¡muy honrado es robar y desvalijar!

POBREZA. No tienes más que ver a los políticos en las ciudades: cuando son pobres son honrados con la gente y con el Estado, pero en cuanto se hacen ricos a expensas del erario público, en seguida se vuelven unos sinvergüenzas que conspiran contra el pueblo y luchan contra la democracia.

CRÉMILO. En eso por lo menos no mientes, y eso que sueles calumniar mucho. Pero aun así nos las pagarás -deja esos humos- por intentar convencernos de que pobreza es mejor que dinero.

POBREZA. Pues tú aún no has sido capaz de refutarme en este tema, sino que dices bobadas y no haces más que revolotear.

CRÉMILO. ¿Y cómo es que todos te huyen?

POBREZA. Porque los vuelvo mejores. Se puede ver muy bien en los niños: huyen de sus padres que quieren lo mejor para ellos. ¡Así de difícil es comprender lo que es justo!

CRÉMILO. ¿Vas a decir que Zeus no conoce bien lo que es mejor? Pues, sin embargo, también él tiene dinero.

BLEPSIDEMO. Y a ésa *(Señalando a* POBREZA) la manda aquí con nosotros.

POBREZA. ¡Mira que tenéis cegada la mollera con legañas tan antiguas como Crono![51]. Zeus en realidad es pobre, y os lo voy a demostrar sin lugar a dudas. Pues, si fuera rico, ¿cómo es que al instituir el certamen Olímpico, donde reúne siempre a todos los griegos cada cuatro años, iba a proclamar a los atletas vencedores coronándolos con una corona de acebuche? Lo normal es que lo hiciera con una corona de oro, si fuera rico.

51. Padre de Zeus, destronado por éste.

CRÉMILO. ¿No demuestra con eso que él honra el dinero? Pues lo economiza y no lo quiere gastar ni por asomo: corona a los vencedores con chorradas y se guarda el dinero para sí.

POBREZA. Mucho más vergonzoso que la Pobreza es lo que tratas de colgarle, en caso de que, siendo rico, resulte tan tacaño y avariento.

CRÉMILO. ¡Anda y que Zeus te corone de acebuche y te haga papilla después!

POBREZA. ¡A ver si tenéis el valor de decir que no es verdad que todo lo bueno os viene gracias a la pobreza!

CRÉMILO. Por Hécate es por quien se puede uno enterar de si es mejor ser rico o ser pobre: ella dice que los que tienen y son ricos le envían una comida cada mes, pero que los pobres se la cogen antes de que llegue a su sitio[52]. *(A* POBREZA.) ¡Vete al infierno y no gruñas ya nada más!, que no me vas a convencer ni aunque me convenzas.

POBREZA. ¡Oh ciudad de Argos, escuchad lo que dice![53]

CRÉMILO. Llama a Pausen[54], tu colega.

POBREZA. ¿Qué va a ser de mí, desdichada?

CRÉMILO. ¡Vete al cuerno, deprisa, lejos de nuestra vista!

POBREZA. ¿A qué parte de la tierra iré?

52. Ofrendas a Hécate consistentes en una comida de poco precio, que se dejaba en

ciertas encrucijadas de caminos.

53. Se trata posiblemente de un verso de Eurípides. Tanto esta intervención como las dos siguientes de Pobreza, suenan a versos de tragedia.

54. Pintor pobre mencionado también en otras comedias.

CRÉMILO. Al cepo, y vale más que no tardes, acaba ya.

POBREZA. Ciertamente vosotros iréis a buscarme algún día para que venga aquí.

CRÉMILO. Ya volverás para entonces. Ahora, vete al infierno. Para mí es preferible ser rico y dejar que tú te la mentes golpeándote la cabeza.

(POBREZA *se marcha.)*

BLEPSIDEMO. ¡Por Zeus!, yo quiero ser rico y darme una vida padre con mis hijos y mi mujer; y al salir de los baños, bien lavado y bien untado, tirarme pedos en la cara de los artesanos y de la pobreza.

CRÉMILO. Por fin se nos ha ido esa maldita peste. Ahora tú y yo, a toda prisa, vamos a llevar al dios para que se tienda en el templo de Asclepio.

BLEPSIDEMO. No perdamos tiempo, no vaya a ser que otra vez venga alguien que no nos deje hacer lo que conviene.

CRÉMILO. *(Dirigiendo la voz hacia su casa.)* ¡Chico, Carión!, hay que sacar la ropa de cama y traer a Dinero en persona ataviado con lo que se acostumbra, y todo lo demás que ya está preparado dentro.

(Aparecen DINERO y CARIÓN *con todos los preparativos, y abandonan luego el escenario con* CRÉMILO *y* BLEPSIDEMO.)

DANZA DEL CORO

(Cuando reaparece CARIÓN *en escena, han regresado ya del templo de Asclepio.)*

CARIÓN. ¡Ancianos que tantas veces os habéis contentado con mojar cachitos de pan en la sopa cuando las fiestas de Teseo![55], ¡qué buena suerte os ha caído, qué bien os van las cosas a vosotros y a todos los que llevan una vida honrada!

CORIFEO. Buen hombre, ¿qué pasa con tus amigos? Parece que vienes a anunciarnos algo bueno.

CARIÓN. El amo es afortunadísimo, y más aún lo es Dinero en persona, pues, de ser ciego, ahora «ha recobrado la vista y la luz de sus ojos gracias a Asclepio, sanador benévolo»[56]

CORIFEO. Me das una gran alegría, y un motivo de alzar mi voz.

CARIÓN. Es tiempo de alegría, queráis o no.

CORIFEO. Voy a celebrar con mi clamor a Asclepio, el de gloriosa descendencias[57], gran orgullo para los mortales.

(La mujer de CRÉMILO *sale de su casa.)*

MUJER. ¿Qué gritos son éstos? ¿Hay alguna buena noticia? Con ganas de oírla llevo sentada bastante tiempo esperando a éste. *(Señala a* CARIÓN.)

CARIÓN. Deprisa, deprisa, ama, trae vino, para que tú también bebas -*(Aparte) y* eso que sueles hacerlo tú sola con frecuencia-, porque te traigo todos los bienes del mundo juntos.

MUJER. Y, ¿dónde están?

CARIÓN. En mis palabras; lo sabrás en seguida.

MUJER. Acaba ya de decir lo que sea de una vez.

CARIÓN. Atiende entonces, que te voy a contar todos los líos de los pies a la cabeza.

55. A Teseo, rey legendario de Atenas, se dedicaban unas fiestas de carácter funerario que duraban siete días.

56. Suenan a líneas de tragedia. Las siguientes intervenciones del corifeo son igualmente altisonantes.

57. Los médicos. Véase la nota 41.

MUJER. Mejor que «en la cabeza»[58] no me caiga nada.

CARIÓN. ¿Ni siquiera las cosas buenas que acaban de pasarnos?

MUJER. Por lo menos, lios[59] no.

CARIÓN. Pues bien, cuando llegamos a toda prisa al templo del dios llevando al hombre este, que entonces era muy desgraciado y ahora está contento y feliz como nadie, en primer lugar lo llevamos al mar y lo lavamos.

MUJER. ¡Por Zeus, sí, sí, contento! ¡Un hombre anciano lavado en un mar helado!

CARIÓN. Luego fuimos al sagrado recinto del dios[60]. Y después de dedicar tortas y sacrificios, «ofrendas para la llama de Hefesto»[61], recostamos a Dinero según lo prescrito. Y cada uno de nosotros se preparó un jergón de hojas.

MUJER. ¿Había más gente para rogar al dios?

CARIÓN. Sí, sobre todo un tal Neoclides, que es ciego, pero que en robar supera a los videntes[62], y muchas otras personas con toda clase de enfermedades. Cuando el servidor del dios apagó las lámparas y nos indicó que durmiéramos, diciéndonos que mantuviéramos silencio si alguno oía ruido, todos nos tumbamos en orden y concierto. Pero yo no podía dormirme, que me tenía en vilo una tartera de gachas que una viejecita tenía cerca de la cabeza: yo ardía en deseos de deslizarme hacia ella. Después levanté la vista y observé que el sacerdote cogía de la mesa sagrada los pasteles y los higos secos. A continuación hizo un recorrido completo por todos los altares por si había quedado alguna ofrenda en alguna parte. Y si era así las consagraba... en su bolsa. Así es que yo, pensando que era una acción muy santa, me levanté para acercarme a la tartera de las gachas.

58. Una maldición frecuente en griego consiste en decir que tal desgracia «caiga sobre tu cabeza».

59. Se juega con el doble sentido de *prágmata,* que he tratado de mantener con «líos».

60. En Epidauro, junto al istmo de Corinto. 61. Línea poética para referirse al fuego.

62. Personaje que aparece también en *Las Asambleístas* como legañoso. El escoliasta lo

tilda de delator.

MUJER. ¡Sinvergüenza!; ¿no tenías miedo del dios?
CARIÓN. Claro que sí, ¡por los dioses!, por si llegaba antes que yo a la tartera, con sus guirnaldas y todo, que el sacerdote ya me había informado antes de que así lo haría. La cosa es que la viejecita, cuando me oyó hacer ruido, sacó la mano. Y yo, silbando, le pegué un mordisco, como si fuera la serpiente sagrada[63]. Ella retiró el brazo en cosa de un instante, se volvió a tumbar muy quietecita y se tapó bien, pero de miedo se tiraba unos pedos de olor más asqueroso que los de un gato[64]. Entonces yo ya pude meterme en el coleto una buena porción de gachas y luego, cuando me harté, lo dejé estar.
MUJER. Y el dios, ¿no se acercaba a vosotros?
CARIÓN. Aún no. Pero después de eso hice yo algo muy gracioso: cuando ya se acercaba me tiré un pedo enorme, pues mi tripa estaba hinchada.
MUJER. Seguro que en ese momento te cogió asco por culpa de eso.
CARIÓN. No creas, pero Yaso, que lo acompañaba, se puso un poco colorada, y Panacea[fi5] se dio la vuelta, tapándose la nariz; que mis pedos no son precisamente incienso.
MUJER. ¿Y él?

63. La serpiente, inofensiva por cierto, era compañera inseparable de Asclepio.
64. Literalmente, «comadreja»; puesto que se trataba de un animal doméstico, lo traduzco por nuestro «gato».
65. Las dos hijas de Asclepio, con nombres alusivos a la misión del dios. Yaso procede de la misma raíz que *iatrós,* «médico», *y* Panacea es, como en castellano, «remedio de todos los males».

CARIÓN. Por Zeus, ni caso hizo.
MUJER. ¡Pues sí que describes a un dios bien patán!
CARIÓN. No, ¡por Zeus!, es que de oficio es comedor de excrementos[66].
MUJER. ¡Anda ya, descarado!
CARIÓN. A continuación yo ya en seguida me tapé asustado, mientras aquél hacía su recorrido examinando uno por uno todos los casos con mucho interés. Después un esclavo puso a su lado un mortero de piedra, la mano del almirez y un cofrecito.
MUJER. ¿De piedra?
CARIÓN. No, ¡por Zeus!, el cofrecito no.
MUJER. Y tú, ¿cómo es que lo viste, maldito seas, si dices que estabas tapado?
CARIÓN. A través de la capa raída, que tiene un ciento de agujeros, ¡por Zeus!
En primer lugar se dedicó a Neoclides: empezó por preparar un emplasto triturado, echándole tres cabezas de ajo de Tenos[67]. Después lo machacó en el mortero mezclándole jugo de higuera y lentisco; luego lo diluyó con vinagre de Esfeto[68] y, volviéndole los párpados hacia arriba para que le doliera más, le puso encima el emplasto. El tipo empezó a dar gritos *y* grandes voces *y* se lanzaba a la huida, pero el dios le dijo riéndose: «Quieto ahí con el emplasto; así evitaré que pospongas los procesos en la Asamblea»[69]

66. Se refiere probablemente a la práctica de los médicos hipocráticos, que probaban los esputos, la orina o las heces de los pacientes para asegurar la naturaleza de la enfermedad.

67. Una de las islas Cícladas.
68. Demo del Ática.
69. Bien ciego, ya no podrá ir a la Asamblea y hacer lo que solía: jurar que alguna circunstancia impedía que se presentara la persona requerida y diferir con ello el proceso.

MUJER. ¡Qué amigo de la ciudad y qué listo es el dios!
CARIÓN. Después aún se sentó al lado de Dinero y, primero, le tanteó la cabeza; luego cogió un pañuelo limpio y le enjugó los párpados. Panacea le cubrió la cabeza y todo el rostro con una tela roja. Entonces el dios emitió un silbido y, en eso, se lanzaron desde el santuario dos serpientes de tamaño asombroso.
MUJER. ¡Dioses queridos!
CARIÓN. Y las dos se metieron suavemente por debajo de la tela roja y le lamían los párpados, o así me lo parecía a mí. Ama, en menos de lo que tú tardas en beberte hasta el final diez jarras de vino, Dinero se puso en pie con la vista normal. Yo batí palmas de alegría y desperté al amo. Al momento, el dios desapareció con las serpientes en el santuario. Los demás que estaban tendidos allí junto a Dinero, no veas cómo lo jaleaban: se quedaron despiertos toda la noche hasta que se hizo de día. Yo lo que hacía era elogiar al dios con todas mis fuerzas, porque devolvió rápidamente la vista a Dinero y porque dejó a Neoclides más ciego todavía.
MUJER. ¡Qué poderío el tuyo, rey soberano! Pero dime, ¿dónde está Dinero?
CARIÓN. Está en camino. Pero es que le rodeaba una muchedumbre enorme. Pues los que eran justos de antes y llevaban una vida humilde, todos lo saludaban y le daban la mano de alegría. En cambio, los que eran ricos y tenían mucha hacienda, habiéndola conseguido por medios nada honrados, fruncían las cejas y, al mismo tiempo, ponían mala cara. Pero, en fin, los otros iban detrás de él, con guirnaldas, sonrisas, con palabras de buen agüero, «y resonaban las zapatillas de los ancianos con sus bien acompasados pasos»[70]. Hala, todos, todos a una, danzad, brincad, tomad parte en el coro, que nadie, cuando lleguéis a casa, os dirá que ya no hay harina en el talego.

70. Línea de estilo trágico, salvo la palabra «zapatilla».

MUJER. Por Hécate, también yo quiero ponerte una corona... de pasteles, por ser mensajero de tan buenas noticias.
CARIÓN. No pierdas tiempo en eso, que los hombres están ya cerca de las puertas.
MUJER. Bueno, entonces entro a buscar los presentes de bienvenida para esos recién comprados... ojos[71].

(Entra en su casa.)

CARIÓN. Yo quiero ir al encuentro de esta gente. *(Abandona el escenario.)*

DANZA DEL CORO

(Entra en escena DINERO.)

DINERO. Yo saludo en primer lugar al Sol y, después, al glorioso suelo de la venerable

Palas y a todo el país de Cécrope[72], que me ha recibido. Me dan vergüenza las desgracias que me han pasado: que no me diera cuenta de con qué clase de hombres trataba, mientras rechazaba de mi compañía a los honrados sin saberlo. ¡Pobre de mí!, ni aquello ni esto lo hacía a derechas. Pero voy a volver todo patas arriba y a demostrar en lo sucesivo a todos los hombres que yo me entregaba a los sinvergüenzas sin querer.

71. Se espera «esclavos». A los esclavos nuevos se les daba la bienvenida dándoles frutos secos y otras golosinas.

72. Palas es sobrenombre de Atenea, protectora de Atenas. Cécrope es, según varias leyendas, el primer rey de la ciudad.

(Entra en escena CRÉMILO *con gentes a su alrededor a las que trata de rechazar.)*

CRÉMILO. ¡Mal rayo los parta! ¡Qué pesadez son los amigos que salen de debajo de las piedras cuando a uno le van bien las cosas! Te clavan los codos y te machacan las espinillas, queriendo dar muestras de amistad. ¿Hubo alguno que no me saludara? ¿Qué grupo de viejos no me hizo corro en la plaza?

(Sale de su casa a escena la mujer de CRÉMILO, llevando un cestito con frutos secos.)

MUJER. Querido mío, bienvenidos tú, y tú también. *(A* DINERO.) Ahora, como es costumbre, voy a coger estas ofrendas de bienvenida y echártelas por encima.

(Le echa los frutos secos.)

DINERO. De eso nada, que al entrar yo en tu casa con mi vista recobrada no debo, para empezar, tomar nada de ella, sino más bien aportar.

MUJER. Entonces, ¿no vas a recibir los presentes?

DINERO. Si acaso dentro, junto al hogar, como es costumbre. Así nos libraremos de que nos tachen de vulgares, que no está bien que el autor eche higos secos y golosinas a los espectadores, para obligarlos a reír por esa causa[73].

MUJER. Muy bien dicho; mira ahí a Dexinico *(Señala a un espectador)*, que ya se levantaba para echar mano a los higos secos.

73. Procedimiento de otros cómicos, criticado por Aristófanes ya en otras piezas.

(Abandonan el escenario.)

DANZA DEL CORO

(CARIÓN *entra en escena.)*

CARIÓN. *(Al coro.)* ¡Qué estupendo es nadar en la abundancia, amigos, sobre todo cuando uno no ha puesto nada de su parte! Un montón de cosas buenas se ha colado en nuestra casa sin que nosotros hayamos cometido ninguna injusticia[74]. En esas condiciones ser rico

es una maravilla, desde luego. El arcón está lleno de harina blanca, las ánforas, repletas de oloroso vino tinto. Todas nuestras arquetas están colmadas de plata y oro: ¡un asombro! El aljibe está lleno de aceite, los esencieros rebosan de perfume y el desván está colmado de higos secos. Cada vinagrera, cada plato y cada tartera es ahora de bronce. Las fuentes del pescado, desportilladas, pueden verse ahora de plata. Nuestra lámpara se ha vuelto de marfil en un dos por tres. Los criados jugamos a pares o nones con monedas de oro. Y ya no nos limpiamos el culo con piedras, sino cada vez con tallos de ajo, que es más fino. Ahora el amo dentro de casa está, coronado, sacrificando un cerdo, un macho cabrío y un carnero. A mí el humo me ha echado fuera; ya no era capaz de aguantar dentro más tiempo, que me mordía los párpados.

(Entra en escena un hombre honrado con un esclavo que trae una capa y unas zapatillas.)

74. Para merecerlas.

HOMBRE HONRADO. Sígueme, chico, para que lleguemos hasta el dios.
CARIÓN. Anda, ¿quién es éste que se acerca?
HOMBRE HONRADO. Un hombre, antes hecho polvo y, ahora, en muy buena situación.
CARIÓN. Se nota que eres un buen hombre; no hay más que verte.
HOMBRE HONRADO. Sí que es verdad.
CARIÓN. Y, ¿a qué vienes?
HOMBRE HONRADO. He venido a ver al dios porque me ha favorecido con cosas muy buenas. Yo recibí de mi padre una herencia considerable y fui ayudando con ella a los amigos que estuvieran en mala situación, creyendo que hacía algo de provecho.
CARIÓN. Seguro que en seguida te quedaste sin fortuna.
HOMBRE HONRADO. Así es.
CARIÓN. Y después de eso estuviste hecho polvo.
HOMBRE HONRADO. Así es. Y yo pensaba que con aquellos a los que eché una mano cuando estaban en apuros podría contar como amigos seguros si alguna vez los necesitaba. Pero se daban la vuelta y hacían como que no me veían.
CARIÓN. Y encima se reirían de ti, seguro.
HOMBRE HONRADO. Así es. Mis arquetas se secaron. Y eso fue mi perdición. Pero ahora ya no; por eso he venido aquí a dar gracias al dios, como debe ser.
CARIÓN. ¡Por los dioses!, y ¿qué pinta aquí esa capa raída, la que trae el esclavo que viene contigo? Explícame.
HOMBRE HONRADO. También he venido para ofrecérsela al dios.
CARIÓN. ¿No será que te iniciaste con ella en los Grandes Misterios, verdad?[75].

75. Para iniciarse en los cultos místéricos se estrenaba ropa nueva que, después de las ceremonias y el camino, quedaba en malas condiciones.

HOMBRE HONRADO. No, pero llevo tiritando en ella trece años.
CARIÓN. ¿Y las zapatillas?
HOMBRE HONRADO. También ésas han pasado duros inviernos conmigo.
CARIÓN. Así que, ¿las traías también para ofrecérselas?

HOMBRE HONRADO. Sí, ¡por Zeus!
CARIÓN. ¡Pues sí que has venido con buenos regalos para el dios!

(Entra en escena un delator acompañado de un testigo.)

DELATOR. ¡Ay!, estoy acabado, ¡pobre de mí! ¡Desgraciado una y otra vez, desgraciado tres veces, cuatro, cinco, doce y diez mil veces desgraciado! ¡Ay, ay! Estoy metido hasta los ojos en una desgracia total.
CARIÓN. ¡Apolo protector y dioses queridos! ¿Qué desgracia ha podido ocurrirle a este hombre?
DELATOR. ¿No es terrible lo que me acaba de pasar? He perdido toda mi hacienda por culpa de ese dios; ¡lo he de ver ciego otra vez, o de nada valen los pleitos![76].
HOMBRE HONRADO. Me parece que ya entiendo poco más o menos de qué va la cosa. Llega un hombre al que le van mal las cosas, y que tiene pinta de ser de mal cuño.
CARIÓN. Sí, ¡por Zeus!, bien está que se arruine.
DELATOR. ¿Dónde rayos está ese que prometió que él solo nos haría ricos a todos en un momento si recobraba la vista? Más bien lo que ha hecho es acabar con unos cuantos.

76. Es decir, que pleiteará a base de calumnias, como suele hacerlo, y vencerá al dios.

CARIÓN. Y, ¿a quién le ha hecho una cosa así?
DELATOR. A mí, sin ir más lejos.
CARIÓN. ¿Es que tú eras del grupo de los sinvergüenzas y desvalijadores de casas?
DELATOR. No, por Zeus, en vosotros es donde no hay nada bueno, y yo no voy a consentir que tengáis mi riqueza.
CARIÓN. ¡Por Deméter!, ¡con qué ímpetu ha venido el delator! Seguro que tiene un hambre canina.
DELATOR. Tú, vete a la plaza, rápido, no tardes, que allí te van a retorcer en el potro hasta que confieses tus fechorías[77].
CARIÓN. ¡Tú si que las pagarás entonces!
HOMBRE HONRADO. ¡Por Zeus salvador!, ¡qué mérito el de este dios para todos los griegos si consigue acabar miserablemente con los miserables delatores!
DELATOR. ¡Maldición! ¿No tomarás parte tú también en la burla, verdad? Por cierto, ¿de dónde has sacado esa capa que llevas? Pues ayer te vi con una raída.
HOMBRE HONRADO. Me importas un comino, porque llevo este anillo protector[78] *(Enseña su mano con el anillo)* que le compré a Eudamo por una dracma.
CARIÓN. Pero no es eficaz contra mordeduras de delator.
DELATOR. ¿No es esto *ya el* colmo del descaro? Os estáis burlando, pero no me habéis dicho qué hacéis aquí. Seguro que no estáis aquí por nada bueno.
CARIÓN. ¡Por Zeus!, nada bueno para ti: eso que te quede claro.
DELATOR. ¡Por Zeus!, ¡como que vais a comer a mi costa!
HOMBRE HONRADO. ¡Ojalá que de verdad reventéis tú y tu testigo...

77. Tortura aplicada a los eslavos para que hicieran una declaración.
78. Se vendían anillos a los que se achacaban propiedades de protección contra mordeduras o picaduras venenosas.

CARIÓN. ¡Sin haber comido nada!
DELATOR. ¿Lo vais a negar? ¡Hijos de perra!, en la casa hay cantidad de bacalao y de carnes guisadas. *(Olfatea.)* Mmmmmm.
CARIÓN. ¡Bastardo!, ¿te huele a algo?
HOMBRE HONRADO. A frío, a lo mejor.
DELATOR. ¡Zeus y dioses!, ¿hay quien aguante que éstos tengan tal descaro conmigo? ¡Ay, qué pena me da que siendo yo tan honrado y buen ciudadano tenga que pasar por esto!
HOMBRE HONRADO. ¿Tú, buen ciudadano y honrado?
DELATOR. Sí, más que nadie.
HOMBRE HONRADO. Bien, pues contéstame a lo que voy a preguntarte.
DELATOR. ¿Qué?
HOMBRE HONRADO. ¿Eres agricultor?
DELATOR. ¿Te crees que estoy chalado?
HOMBRE HONRADO. ¿Comerciante, entonces?
DELATOR. Sí, o por lo menos me escudo en eso cuando se tercia[79].
HOMBRE HONRADO. Pues a ver: ¿sabes algún oficio?
DELATOR. No, ¡por Zeus!
HOMBRE HONRADO. ¿Pues cómo vives y de qué, sino haces nada?
DELATOR. Yo soy el vigilante de todos los asuntos públicos y privados.
HOMBRE HONRADO. ¿Tú? ¿Por qué?
DELATOR. Porque quiero.
HOMBRE HONRADO. ¿Cómo puedes ser un hombre honrado, so ladrón, si te haces odioso metiéndote en lo que no te importa?

79. Los comerciantes gozaban de un régimen especial de procedimientos y fechas en los litigios.

DELATOR. ¡Imbécil!, ¿es que no me va a importar beneficiar a mi propia ciudad todo lo que pueda?
HOMBRE HONRADO. ¿Y beneficiar consiste en meterte donde no te llaman?
DELATOR. Consiste en ayudar a las leyes establecidas y en no permitir que nadie que las viole se escape.
HOMBRE HONRADO. ¿Y no encarga expresamente la ciudad a los jueces que se ocupen de eso?
DELATOR. ¿Y quién hace de acusador?
HOMBRE HONRADO. El que quiera.
DELATOR. Pues ése soy yo. Así que los asuntos de la ciudad van a parar a mí.
HOMBRE HONRADO. ¡Por Zeus!, ¡pues vaya mierda de protector que tiene! Pero, ¿no preferirías esto otro: llevar una vida tranquila sin hacer nada?
DELATOR. Me hablas de una vida de borregos, sin que haya nada en qué ocuparla.
HOMBRE HONRADO. ¿Y no querrías dejar eso y aprender otra cosa?
DELATOR. Ni aunque me dieras a Dinero en persona y todo el silfio de Bato[80].
CARIÓN. Pon aquí tu capa, deprisa.
HOMBRE HONRADO. *(Al* DELATOR.) ¡Oye, te habla a ti!
CARIÓN. Y después descálzate.

HOMBRE HONRADO. Todo eso te lo dice a ti.
DELATOR. Aquí, vosotros, que se me acerque el que quiera.
CARIÓN. Pues ése soy yo[81]. *(Le quita la capa y el calzado al* DELATOR. *El testigo sale corriendo.)*

80. El silfio era una planta de la región de Cirene a la que se atribuían propiedades maravillosas y que hoy ha desaparecido de allí. Bato fue un rey de Cirene.
81. Obsérvese que se repite la secuencia «el que quiera» - «Pues ese soy yo», que se ha pronunciado con distinto reparto de personajes en 915-920. También se hacen eco estas palabras del «Porque quiero» de 905-910.

DELATOR. ¡Pobre de mí, que me desnudan a pleno día!
CARIÓN. Es que a ti te parece bien comer a cuenta de meterte en asuntos ajenos.
DELATOR. *(Al testigo, creyendo que está presente).* ¿Ves lo que está haciendo? Te tomo por testigo de esto.
CARIÓN. ¡Pero si ha salido huyendo el testigo que traías!
DELATOR. ¡Maldición!, ¡solo y cercado!
CARIÓN. ¿Ahora gritas?
DELATOR. ¡Maldición y maldición!
CARIÓN. (Al HOMBRE HONRADO.) Dame tu capa raída, para que se la ponga al delator este.
HOMBRE HONRADO. No puede ser, que está consagrada a Dinero hace tiempo.
CARIÓN. ¿Y dónde mejor lugar para consagrarla que en este tío sinvergüenza *y* ladrón? *(Se la pone al* DELATOR.) Dinero merece que lo adornemos con capas más señoriales.
HOMBRE HONRADO. ¿Y qué vamos a hacer con las zapatillas? Tú dirás.
CARIÓN. Ahora mismo se las voy a colgar en la frente a éste, como si fuera un acebuche.
DELATOR. Me largo; ya veo que estoy en desventaja. Pero si encuentro a algún colega, aunque sea un del... ún[82], se las voy a hacer pagar todas juntas en el día de hoy a ese dios tan poderoso, porque él solo, a todas luces, intenta echar abajo la democracia, sin contar con la aquiescencia del Consejo ni de la Asamblea.
HOMBRE HONRADO. *(Mientras se aleja el* DELATOR.) Ya que te marchas con mis armas, ve corriendo a los baños, y cuando estés allí ponte en la primera fila para entrar en calor; ése era antes mi puesto[83].

82. Broma por «del ...ator». En el texto, *sykophántes,* «delator», *y sykinos,* «de madera de higuera».
83. Véase nota 49.

CARIÓN. El bañero lo echará a la calle cogiéndolo de los cojones, porque al verlo se dará cuenta de que es de los de mal cuño. Nosotros vamos adentro, para que saludes debidamente al dios.

(Entran en casa de CRÉMILO.)

DANZA DEL CORO

(Llega a escena una vieja con ropa y ademanes de jovencita, seguida de un criado con una bandeja de frutos secos y dulces.)

VIEJA. Queridos ancianos, ¿hemos conseguido llegar a casa de ese nuevo dios, o nos hemos equivocado de camino de medio a medio?

CORIFEO. Para que lo sepas: has llegado a las mismísimas puertas, jovencita -a juzgar por tu delicada manera de preguntar.

VIEJA. Bueno, pues voy a llamar a alguien de ahí dentro.

(Sale de la casa CRÉMILO.)

CRÉMILO. No, que ya he salido yo. Bien será que digas exactamente a qué has venido.

VIEJA. Me han pasado cosas terribles e ilícitas, cariño. Desde que ese dios recobró la vista, me ha hecho la vida insoportable.

CRÉMILO. ¿Y cómo así? ¿O es que también tú eras una delatora para espiar entre las mujeres?

VIEJA. No, por Zeus, eso no.

CRÉMILO. ¿Entonces, es que en tu grupo tratabas de colarte... para beber?[84]

84. Se refiere a la composición de los tribunales populares por sorteo. Como había salario, algunos de los que no habían salido en el sorteo intentaban formar parte del tribunal. El cómico cambia el jurado por el vino.

VIEJA. Estás de guasa, pero yo, ¡pobre de mí!, tengo una comezón terrible.

CRÉMILO. ¿No acabarás ya de decir qué comezón es ésa?

VIEJA. Verás. Yo tenía de amante a un jovencito, pobre él, pero muy apuesto, guapo y honrado: siempre que yo quería algo se desvivía por hacerme todo de la manera más agradable y delicada. Yo también le hacía a él muchos favores.

CRÉMILO. ¿Qué es lo que solía pedirte sobre todo?

VIEJA. No mucho, pues tenía conmigo una delicadeza nada frecuente. Por ejemplo, me pedía veinte dracmas de plata para una capa, o bien ocho para unas sandalias. Otras veces me rogaba que le comprara una túnica para sus hermanas, o un mantoncillo para su madre. O si no, me pedía cuatro sacos[85] de grano.

CRÉMILO. Pues no es mucho, no, ¡por Apolo!, lo que has dicho. Sí que era discreto.

VIEJA. Además me decía que no me pedía esas cosas por cochino interés, sino por amistad, para acordarse de mí cuando llevara la capa.

CRÉMILO. Hablas de un hombre con un amor nada frecuente.

VIEJA. Pero ahora el hijo de perra ya no piensa como antes, sino que está cambiadísimo. Yo le mandé esta tarta y estas otras golosinas que están sobre la bandeja, dándole a entender que yo iría por la noche...

CRÉMILO. ¿Qué hizo? Dímelo.

VIEJA. Me lo devolvió con este pastel de leche a condición de que nunca más vaya por allí y, para colmo, al devolvérmelo me dijo: «Un día fueron bravos los milesios».

85. «Mediamos». Cada uno equivalía a 51,84 litros.

CRÉMILO. *(Aparte.)* Está claro que no era un mal tipo. Ahora que es rico ya no le gusta el puré de lentejas. Antes, al ser pobre, comía de todo.

VIEJA. ¡Por las dos diosas![86], y la cosa es que antes, todos los días venía a mi puerta.

CRÉMILO. ¿Para ver salir el entierro?

VIEJA. No, por Zeus, solamente por el gusto de oír mi voz.

CRÉMILO. *(Aparte.)* A ver si caía algo.

VIEJA. ¡Por Zeus!, y si se daba cuenta de que yo estaba triste, me decía cariñosamente «patito mío» y «palomita mía».

CRÉMILO. *(Aparte.) Y* después lo mismo te pedía para unas sandalias.

VIEJA. ¡Por Zeus!, y en los Grandes Misterios[87], porque uno me echó una mirada cuando yo iba en la carroza, se pasó todo el día pegándome. Así de celoso era el chico.

CRÉMILO. *(Aparte)* Es que, al parecer, quería chupar él solito.

VIEJA. Y las manos, me decía que yo las tenía preciosas...

CRÉMILO. *(Aparte.)* Cada vez que le ofrecieran veinte dracmas.

VIEJA. ... y repetía que mi piel olía a gloria...

CRÉMILO. *(Aparte.)* Seguro, ¡por Zeus!, si te echabas vino de Tasos.

VIEJA. ... y que la mirada la tenía dulce y atractiva...

CRÉMILO. *(Aparte.)* No era tonto el tío: bien sabía devorar la hacienda de una vieja salida.

VIEJA. Así que en esto, querido, el dios actúa mal, y eso que dice que ayuda siempre a los oprimidos.

CRÉMILO. ¿Qué ha de hacer él entonces? Dilo, y se hará.

86. Deméter y Perséfone.

87. Se celebraban en Eleusis, a 15 kilómetros de Atenas, entre septiembre y octubre.

VIEJA. ¡Por Zeus!, lo justo es que obligue al quede mí recibió favores a que ahora a cambio me los conceda. ¿O está bien que yo no consiga beneficios de ninguna clase?

CRÉMILO. ¿No te pagaba la deuda noche tras noche?

VIEJA. Pero es que dijo que nunca me dejaría mientras yo viviera.

CRÉMILO. Bueno, pero ahora ya no te considera viva.

VIEJA. Sí, es que estoy consumida de dolor, cariño.

CRÉMILO. *(Aparte.)* No, más bien podrida, me parece a mí.

VIEJA. Podrías hacerme pasar por un anillo[88].

CRÉMILO. *(Aparte.)* Eso si el anillo resultara ser tan grande como una criba[89].

VIEJA. Aquí llega el mozo este, al que llevo todo el rato poniendo verde. Tiene pinta de ir a una fiesta.

CRÉMILO. Sí que la tiene. Viene trayendo guirnaldas y una antorcha.

(Llega a escena el mozo descrito, algo borracho.)

Mozo. *(A la* VIEJA.) A sus pies.

VIEJA. ¿Qué dice?

Mozo. *(Reconociéndola.)* ¡Si eres tú, vieja amiga! ¡Sí que te han llenado de canas en un momento, por el cielo!

VIEJA. ¡Pobre de mí, qué descaro, cómo sufro!

CRÉMILO. Parece como si no te hubiera visto en mucho tiempo.

VIEJA. ¿Qué tiempo, estúpido, si estuvo en mi casa ayer?
CRÉMILO. Entonces le pasa al revés que a la gente: que, según parece, cuando está borracho ve mejor.

88. Tan consumida de dolor está.
89. En realidad, una bandeja circular para vender trigo. El objeto moderno más parecido es tal vez una criba.

VIEJA. No, es que siempre es un bastardo.
MOZO. ¡Ah, «Posidonmarino», dioses de la vejez!, ¡cuántas arrugas tiene en la cara! *(Le acerca la antorcha a la cara.)*
VIEJA. ¡Ah, ah, la antorcha, no me la acerques!
CRÉMILO. *(Aparte.)* Bien dicho, que si le cae, aunque sea una sola chispa, arderá como un ramo de olivo seco[90].
MOZO. *(A la* VIEJA.) ¿Quieres jugar conmigo un momento?
VIEJA. ¿Dónde, idiota?
MOZO. Aquí; coge unas nueces.
VIEJA. ¿Cuáles el juego?
MOZO. A ver, ¿cuántas piezas tienes... dientes, digo?
CRÉMILO. Voy a ver si yo lo sé; tiene unos tres o cuatro. Mozo. Paga, que sólo tiene una muela.
VIEJA. ¡Hijo de perra!, estás chalado, me parece a mí: mira que restregarme así en el pilón entre tantos hombres.
MOZO. ¡Qué bien te vendría que te restregaran a fondo!
CRÉMILO. No creas, porque ahora aún vale para un saldo. Pero si se le restriega bien toda esa pintura[91], se va a ver muy bien que sólo hay despojos de un rostro.
VIEJA. Para lo viejo que eres me parece que no tienes mucho sentido.
MOZO. A lo mejor te está haciendo la corte y te soba las tetas creyendo que yo no me entero.
VIEJA. No, por Afrodita, a mí no, ¡hijo de perra!
CRÉMILO. No, por Hécate, ni hablar. Loco estaría. Pero en fin, muchacho, no me parece bien que te portes así con esta jovencita.

90. Se trata de una rama de olivo (o de laurel) que se adornaba con lana y de la que se colgaban frutos; después de ser ofrecida a Apolo se ponía sobre la puerta de la casa y se dejaba todo un año. Algo similar a las palmas del Domingo de Ramos que se ponen en los balcones.
91. Literalmente, «albayalde».

MOZO. Pero si la quiero muchísimo.
CRÉMILO. Pues ella bien que te acusa.
MOZO. ¿De qué me acusa?
CRÉMILO. Afirma que eres un descarado y que le dices: «Un día fueron bravos los milesios».
MOZO. Yo por ella no voy a pelearme contigo.
CRÉMILO. ¿Por qué?

Librodot

MOZO. Por respeto a tus años, pero conste que a ningún otro se lo permitiría. Ahora coge a tu chica y vete tan feliz.

CRÉMILO. Ya sé yo, ya sé yo de qué vas: lo que quieres es librarte de ella.

VIEJA. ¿Quién es el que se va a quedar conmigo?

MOZO. Yo no podría tener trato con una tía jodida por estos trece mil. *(Señala a los espectadores)*[92].

CRÉMILO. Pero ya que te pareció bien beberte el vino, ahora te toca apurar también las heces.

MOZO. Es que estas heces están completamente podridas y viejas.

CRÉMILO. Un filtro para vino[93] arreglará todo eso. Hala, entrad ahí.

MOZO. Por lo menos yo sí quiero entrar y ofrecer al dios estas coronas que llevo.

VIEJA. Yo por mi parte también quiero decirle algo.

MOZO. *(Al oírla.)* Yo por mi parte... no entraré.

CRÉMILO. Tranquilo, no tengas miedo: no te violará.

MOZO. Has dicho muy bien, que bastante tiempo llevo ya... tapándole los agujeros[94]

VIEJA. Venga, anda. Yo voy detrás de ti.

92. Otros creen que tras la alusión aparente a los espectadores se encuentra la referencia a trece mil años.

93. Con un filtro puede recuperarse el vino que queda en las heces.

94. Con el doble sentido de calafatear los agujeros de una cuba vieja y de hacer el amor.

(Entran en la casa.)

CRÉMILO. ¡Qué fuerte se pega la vieja al mozo, Zeus soberano! ¡Como una lapa!

(Entra CRÉMILO *en la casa.)*

DANZA DEL CORO

(Aparece en escena HERMES y *llama a la puerta de* CRÉMILO, *escondiéndose después.* CARIÓN *abre y sale.)*

CARIÓN. ¿Quién llama a la puerta? ¿Qué era eso? Nadie, parece. ¡Va a cobrar la puerta esta, chillar sin razón!

HERMES. ¡Oye, tú, Carión, espera!

CARIÓN. Dime, ¿eras tú el que llamaba a la puerta tan fuerte?

HERMES. No, ¡por Zeus!, iba a llamar, pero tú has abierto la puerta primero. Corre, rápido, llama a tu amo, después a su mujer y a sus hijos, después a los criados, después al perro, después a ti mismo, y después a la cochina.

CARIÓN. Dime: ¿qué pasa?

HERMES. ¡Bastardo!, Zeus quiere revolveros a todos en el mismo plato y echaros al barranco de los condenados[95]

CARIÓN. ¡La lengua cortada para el mensajero de estas noticias![96]. Pero, ¿por qué piensa hacernos todo eso?

HERMES. Porque habéis hecho las peores canalladas: desde el mismo momento en que Dinero empezó a ver, nadie nos sacrifica a nosotros, los dioses, ni incienso, ni laurel, ni tortas, ni víctimas, ni ninguna otra cosa.

95. Véase nota 44.

96. La lengua de las víctimas en los sacrificios se ofrecía a Hermes, mensajero de los dioses. Aquí se juega con la ofrenda a Hermes, y con su propia lengua cortada.

CARIÓN. ¡No, por Zeus!, ni os sacrificarán ya, que antes nos cuidabais bastante mal.

HERMES. A mí los demás dioses me importan menos, pero yo estoy hecho polvo, destrozado.

CARIÓN. ¡Qué listo eres!

HERMES. Pues antes yo recibía de las tenderas toda clase de cosas buenas desde la mañana temprano: bizcocho borracho, miel, higos secos; en fin, todo lo que se supone que come Hermes. En cambio, ahora aquí estoy, hambriento y de brazos cruzados[97].

CARIÓN. Y, ¿no resulta justo, siendo así que tú a veces las castigabas a pesar de recibir toda clase de cosas buenas?

HERMES. ¡Pobre de mí, ay, aquel pastel de queso que me preparaban el día cuarto del mes![98].

CARIÓN. «Nostalgia tienes del ausente y en vano lo invocas»[99].

HERMES. Pobre de mí, ¡aquella pata de cerdo que me comía...

CARIÓN. A la pata coja puedes saltar aquí[100], al aire libre.

HERMES.... y aquellas tripas calentitas que me comía!

CARIÓN. En tus tripas sí que parece que tienes un cólico.

HERMES. ¡Pobre de mí, aquella copa de vino, mezclado a partes iguales![101]

CARIÓN. *(Se tira un pedo.)* Chúpate éste y lárgate corriendo.

97. Literalmente, «descanso con los pies por alto».

98. Maya dio a luz a Hermes un cuarto día del mes. El cuarto día de la semana (comenzada en domingo) lo dedicaron los romanos a Mercurio (= Hermes), de ahí nuestro «miércoles».

99. Estilo de tragedia.

100. Es posible que el verbo *askoliázein* se refiera asaltar sobre odres untados el segundo día de las Dionisias rurales *(tú Askolia).*

101. Los griegos diluían, para el consumo normal, el vino con agua.

HERMES. ¿Podrías hacerle un favor a este amigo tuyo?

CARIÓN. Si pides algo que yo pueda hacerte.

HERMES. Si me consiguieras un pan bien cocido y me lo dieras para que me lo coma, y un buen trozo de carne de la que sacrificáis ahí dentro.

CARIÓN. No se puede sacar nada.

HERNIES. Ojo, que cada vez que le robabas a tu amo alguna cosilla, yo me las arreglaba siempre para que no se enterara.

CARIÓN. A condición de tener tu parte, ¡sinvergüenza!, que siempre te caía un pastel de queso «bien cocido»[102]

HERMES. Sí, y después te lo tragabas tú solo.

CARIÓN. Es que tú no te llevabas tu ración de los palos que me daban a mí cada vez que me pillaban haciendo alguna.

HERMES. Borrón y cuenta nueva, si has conquistado File[103] Y, ¡por los dioses!, dejadme vivir con vosotros.

CARIÓN. ¡Ahí va! ¿Vas a quedarte aquí y dejar a los dioses?

HERMES. Es que lo vuestro es mucho mejor.

CARIÓN. A ver: ¿te parece bonito desertar?

HERMES. «Patria es todo lugar en el que las circunstancias sean favorables»[104].

CARIÓN. ¿Y de qué nos puede servir que estés aquí? HERMES. Instaladme como girapuertas[105]

CARIÓN. ¿Girapuertas? No nos hace falta ninguno.

102. Alusión al v 1136.

103. Trasibulo consiguió vencer al gobierno de los Treinta a partir de la toma de File, un castillo al norte de Atenas. Por un acuerdo posterior se hizo una amnistía general a la que se alude aquí.

104. De tragedia.

105. Una de las funciones de Hermes era la protección de las puertas. Se presenta luego en sus facetas de dios del comercio, dios del engaño, gula, divinidad de la música *y* la gimnasia, y dios mensajero *y*, por ello, sirviente de Zeus.

HERMES. Pues como comerciante.

CARIÓN. Pero si ya somos ricos, ¿para qué queremos un Hermes Minorista?

HERMES. Como Tramposo entonces.

CARIÓN. ¿Tramposo? Menos aún. Las trampas ya no tienen cabida ahora; sólo las costumbres honradas.

HERMES. Como Guía.

CARIÓN. El dios ya tiene vista, así que no necesitaremos ya para nada un Guía.

HERMES. Entonces seré el Encargado de los Certámenes. ¿Qué vas a decirme ahora? Pues a Dinero le cuadra estupendamente patrocinar certámenes artísticos y atléticos.

CARIÓN. ¡Qué buena cosa es tener muchos motes! Éste ya ha encontrado su manerilla de ganarse la vida. Con razón todos los jueces buscan una y otra vez la manera de estar inscritos en varias listas[106].

HERMES. Así que, ¿quedamos en eso? ¿Entro ya?

CARIÓN. Sí, pero primero ve al pozo y lava las tripas, para que se vea en seguida que también eres Sirviente.

(Ambos entran en la casa.)

DANZA DEL CORO

(Entra en escena el SACERDOTE *de Zeus.)*

SACERDOTE. ¿Quién puede decirme con seguridad dónde está Crémilo?

(CRÉMILO *sale de su casa.)*

106. Para tener -con trampa- más probabilidad de salir en el sorteo *y* así pertenecer al tribunal *y* cobrar el salario.

CRÉMILO. ¿Qué hay, buen hombre?
SACERDOTE. ¿Qué va a haber sino una desgracia total? Desde que el Dinero ese empezó a ver, estoy muerto de hambre: no tengo nada que comer, y eso que soy el Sacerdote de Zeus Salvador.
CRÉMILO. ¡Por los dioses!, y eso, ¿por qué?
SACERDOTE. Ya nadie quiere ofrecer sacrificios.
CRÉMILO. ¿Cómo es eso?
SACERDOTE. Porque todos son ricos. Antes, cuando no tenían nada, a lo mejor un comerciante, al regresar de un viaje, te ofrecía un sacrificio por volver sano y salvo, o bien un acusado por salir absuelto; otro, por ejemplo, por haber obtenido presagios favorables me invitaba también a mí, el sacerdote. Pero es que ahora no hay ni uno que ofrezca sacrificios o que venga al templo ni por casualidad, a no ser los que vienen a cagar: eso, más de diez mil.
CRÉMILO. *(Aparte.)* ¿Es que no recibes entonces de ésos lo de costumbre?
SACERDOTE. Así es que a Zeus Salvador también yo lo voy a mandar a paseo y me voy a quedar aquí, me parece.
CRÉMILO. No tengas miedo, que saldrá todo bien, si la divinidad lo quiere. Zeus Salvador está aquí presente; ha venido por su cuenta.
SACERDOTE. Me das muy buenas noticias.
CRÉMILO. Pues ahora mismo vamos a instalar -*(Al Sacerdote, que va a entrar en la casa)*-, tú espera a Dinero donde estaba instalado antes: como guardián permanente de la Cámara del Tesoro[107] de la diosa. *(A los de la casa.)* Que traigan aquí antorchas encendidas *(Los criados traen antorchas),* para que tú vayas delante llevándolas y sirvas de guía al dios.

107. *El opisthódomos,* parte del templo de Atenea en la Acrópolis, donde se guardaba el tesoro de la ciudad, muy menguado en esta época.

SACERDOTE. Eso es justamente lo que hay que hacer.
CRÉMILO. Que llamen a Dinero para que salga.

(Salen de la casa DINERO, *la* VIEJA, *y varios criados.)*

VIEJA. *(A* CREMILO.) ¿Y yo qué hago?
CRÉMILO. Ponte en la cabeza las marmitas con las que consagraremos al dios[108] y llévalas solemnemente; precisamente has venido con vestidos bordados.
VIEJA. ¿Y aquello por lo que vine?
CRÉMILO. Todo se andará, que el mozo irá a tu casa por la noche.
VIEJA. Bien está, ¡por Zeus!: si tú me garantizas que él vendrá a mi casa, yo llevaré las marmitas. *(Se las coloca en la cabeza.)*
CRÉMILO. Desde luego a estas marmitas les pasa al revés que a las otras: en las otras la costra está encima, pero éstas están justamente encima de la costra[109].

(Se forma el cortejo con los personajes mencionados.)

CORIFEO. No hay por qué tardar, ya es hora de que nos retiremos: lo indicado es que vayamos cantando detrás del cortejo.

(Se van todos en procesión.)

108. Marmitas con legumbres que se empleaban en la consagración de un dios.
109. *Graûs* es a la vez «mujer vieja» *y* «espuma de la leche hervida». He tratado de mantener el juego de palabras con «costra».